

Capítulo 1

El reloj no avanza

El reloj de bolsillo que León heredó de su abuelo nunca había funcionado.

Eso le decía su madre desde que tenía memoria. Eso le confirmaron dos relojeros jubilados y un tasador de antigüedades de la calle Atocha. El mecanismo estaba soldado por el óxido, decían. El muelle roto. La aguja del minuterero, doblada como una ceja burlona. Una pieza muerta.

—Es una pieza muerta —sentenció el último, un hombre con lupa atornillada a la oreja y los dedos manchados de grasa—. Ni el mismísimo fabricante la resuscitaría. Mire, aquí, el escape está completamente corroído. Esto no es desgaste, señor, esto es... bueno, es como si alguien hubiera querido que dejara de funcionar.

León asintió con la cabeza, una inclinación breve y cortés que apenas movió su barba canosa. Pagó la tasación con un billete de veinte euros que sacó de la cartera de cuero marrón, la misma que usaba su abuelo en las fotografías de la boda de sus padres, y guardó el reloj en el bolsillo izquierdo de su chaqueta de tweed. La misma chaqueta que su abuelo vestía en aquellas imágenes de 1953. La misma que él mismo había mandado zurcir tres veces porque la lana se deshilachaba en los codos, pero no encontraba otra que le quedara igual de bien. Había probado con chaquetas nuevas, de fibras sintéticas, cortes modernos. Todas le parecían impersonales. Como si su cuerpo no terminara de aceptarlas.

—¿Sabe? —dijo el relojero, quitándose la lupa y dejándola sobre el mostrador de madera—. He visto muchos relojes antiguos en mi vida. Algunos con historias muy bonitas. Pero este... este tiene una sensación distinta. Como si no quisiera ser reparado. Como si estuviera esperando algo.

León levantó la vista. Sus ojos, de un gris claro que algunos llamaban "color de tormenta", se fijaron en el relojero con una intensidad que hizo que el hombre se encogiera ligeramente en su taburete.

—¿Esperando qué? —preguntó León, y su voz era baja, medida, como la de alguien que está acostumbrado a que las palabras pesen.

El relojero se encogió de hombros, incómodo.

—No lo sé, señor. Solo es una impresión. Llevo cuarenta años con estos bichos, y algunos parecen tener... personalidad. Este tiene la personalidad de un fantasma.

León sonrió. Fue una sonrisa breve, casi imperceptible, que apenas curvó las comisuras de sus labios. Pero el relojero la vio y supo que no era una sonrisa de burla. Era de reconocimiento.

—Gracias por su tiempo —dijo León, y salió de la tienda con el tintineo de la campanilla de la puerta a sus espaldas.

Afuera, la calle Atocha bullía con el tráfico de una tarde de martes. Coches, autobuses, turistas con cámaras colgadas al cuello. León se detuvo un momento en la acera, ajustó la corbata de lana azul marino que llevaba anudada con un nudo Windsor perfecto y respiró hondo. El aire olía a gasolina y a castañas asadas de un

puesto callejero. Olía a Madrid, a la ciudad que había sido su hogar durante quince años y que, sin embargo, seguía sintiendo como un lugar de paso.

No le importaba que el reloj no diera la hora. Para eso tenía el móvil, aunque lo llevaba apagado la mayor parte del tiempo. La batería se le agotaba rápido, decía. O se le olvidaba cargarlo. La verdad era más simple: el móvil le parecía un objeto intrusivo, un pitido constante que interrumpía el silencio que él necesitaba para pensar. Para recordar.

Porque León recordaba demasiado.

No eran recuerdos normales, de esos que uno guarda en la memoria como fotografías en un álbum. Eran recuerdos líquidos, que se filtraban por las grietas de su mente sin pedir permiso. Olores que no correspondían a su época. El olor a carbón quemado en una cocina de hierro. El crujido de una falda de lana al caminar. El sonido de un gramófono con una aguja de acero. Y sobre todo, el olor a tabaco de liar, mezclado con el de la cera de vela, que lo envolvía en las noches de insomnio y lo transportaba a un lugar que no sabía identificar.

Un lugar donde una mujer lloraba.

La mujer no tenía rostro. O mejor dicho, tenía muchos rostros, todos borrosos, como si alguien hubiera pasado un trapo húmedo sobre una fotografía. Pero su llanto era nítido, desgarrador, un sonido que León sentía en el pecho como una punzada. Un llanto que no era suyo pero que llevaba dentro desde que tenía uso de razón.

Su madre decía que de niño hablaba solo. Que se sentaba en un

rincón de la cocina y mantenía conversaciones con alguien que nadie veía. "¿Con quién hablas, hijo?", le preguntaba ella, y él señalaba la silla vacía y decía: "Con el señor del sombrero". Su madre se reía, al principio. Luego dejó de reírse cuando vio que el señor del sombrero tenía nombre: David. Y que David, según la historia familiar, era el bisabuelo que había muerto en un psiquiátrico en 1954, después de pasar treinta años encerrado.

—¿Sabes qué es lo peor de estudiar historia? —le había dicho una vez a Laura, en uno de sus primeros cafés, en una terraza de la plaza de Santa Ana. El sol de la tarde se filtraba entre los toldos de las terrazas y dibujaba sombras alargadas en el suelo de adoquines—. Que descubres que el pasado no pasó. Sigue aquí. En las grietas. En los gestos que repetimos sin saber por qué. En los relojes que no funcionan pero alguien sigue guardando.

Laura, en aquel entonces, sonrió con esa sonrisa que tenía, amplia y cálida, que le iluminaba todo el rostro. Creía que era una metáfora. Una forma poética de decir que la historia nos condiciona. No entendía que él hablaba en serio, que cada palabra era una confesión.

Ahora ya no estaba tan segura.

Eran las nueve y cuarenta y dos de la noche cuando Laura entró en el salón con el portátil bajo el brazo. Llevaba puesto un jersey de lana gris y unos vaqueros gastados. El pelo, castaño y liso, le caía sobre los hombros sin ningún esfuerzo aparente. Laura era de esas mujeres que parecían bellas sin querer, sin necesidad de artificios. León siempre lo había pensado, y en los primeros meses de relación se lo decía. Ahora, el elogio se había convertido en una costumbre que apenas pronunciaba, como un gesto mecánico que había perdido su significado.

León estaba sentado en el sillón de orejas, el único mueble que había rescatado del piso de sus padres antes de que lo vendieran. Era un sillón de terciopelo burdeos, con los brazos gastados por el uso y un cojín en el asiento que había pertenecido a su abuela. Un mueble que ella llamaba "de los abuelos", y en efecto, era de los años treinta, de cuando su bisabuelo David aún vivía fuera del psiquiátrico. León no sabía si David se había sentado en aquel sillón. Pero le gustaba pensar que sí. Que su bisabuelo, antes de que la locura lo devorara, había ocupado el mismo lugar que él ocupaba ahora.

Sobre la mesa auxiliar, una taza de té verde ya frío y un libro abierto: El malestar en la cultura, de Freud. Lo había leído cuatro veces, pero seguía encontrando nuevos significados cada vez que lo abría. Esa noche, sin embargo, no estaba leyendo. Estaba mirando la pared del fondo, donde colgaba una reproducción de un cuadro de Magritte: El tiempo perforado. Un tren que salía de una chimenea. Una imagen absurda que, para él, tenía una lógica profunda. El tiempo saliendo de los espacios que no le corresponden. El pasado irrumpiendo en el presente.

—¿Apagas eso? —dijo Laura, señalando el tocadiscos.

Sonaba Billie Holiday. Gloomy Sunday. La canción que la prensa amarilla llamó "la melodía húngara del suicidio". A León le gustaba por su melancolía exacta, esa tristeza medida que no se desbordaba en histeria, que se contenía en cada nota como una respiración contenida. A Laura le ponía nerviosa. No le gustaba la música triste, decía. Ya había bastante tristeza en el mundo sin necesidad de buscarla en un disco.

—Es música —respondió él, sin levantar la vista del libro que no estaba leyendo.

—Es un presagio constante —dijo Laura, dejando el portátil sobre la mesa del comedor, demasiado lejos de donde él estaba, como si la distancia física pudiera compensar la que los separaba—. Siempre lo mismo, León. Siempre lo viejo. Nunca lo nuevo.

—Lo nuevo es ruido.

Laura suspiró. Era un suspiro profundo, cansado, que llevaba meses acumulándose en su pecho. Desde hacía tres meses, esa distancia entre ellos crecía. No era física. Era otra cosa. Como si él hubiera decidido vivir en un apartamento amueblado con recuerdos que a ella no le pertenecían. Como si el presente fuera un incordio que él soportaba con estoicismo mientras esperaba que algo, algún acontecimiento que ella no alcanzaba a comprender, viniera a rescatarlo.

—El otro día —dijo Laura, sentándose en el sofá, con las piernas recogidas bajo ella—, tu jefa me llamó.

León levantó la vista. Parpadeó dos veces, como si procesara la información en otro idioma. Como si el nombre de su jefa, la directora del departamento de Historia Contemporánea, fuera una palabra extranjera que costaba traducir.

—¿Mi jefa? —repitió—. ¿La directora?

—Ella misma —dijo Laura, y su tono era cuidadoso, como quien camina sobre cristales—. Quería saber si estabas bien. Dice que últimamente te quedas hasta tarde en el archivo. Que revisas cajas de documentos de los años veinte sin ningún proyecto asignado. Que los estudiantes se quejan de que no los atiendes. Que das clases con el mismo discurso, que no actualizas el temario, que tus apuntes son de hace diez años.

—Es investigación personal —respondió León, y su voz era plana, sin defensa ni ataque, como si la acusación no le importara.

—¿Para qué? ¿Para qué investigas, León? ¿Para qué necesitas saber todo sobre un hombre que murió hace cien años y que ni siquiera conociste?

León tardó en responder. Cuando lo hizo, su voz había bajado un tono, como si las palabras necesitaran pasar por un filtro antes de salir.

—Para entender algo que me persigue.

Laura se quedó en silencio. No era la primera vez que él usaba esa frase. "Algo que me persigue". Lo había dicho en el café de la plaza de Santa Ana, cuando aún se conocían, y ella lo tomó como una metáfora. Lo había dicho en la cama, después de hacer el amor, cuando ella le preguntaba por qué se levantaba a las tres de la madrugada a mirar por la ventana. Lo había dicho en la cocina, mientras él pelaba patatas con una lentitud metódica, como si cada movimiento tuviera un significado ritual.

Ella nunca supo qué era ese "algo". Y él nunca se lo explicó del todo.

—He quedado con mis amigas el sábado —dijo Laura, cambiando de tema con la habilidad de quien sabe cuándo una conversación no lleva a ninguna parte—. ¿Te apetece venir?

—¿A dónde?

—A cenar. A casa de Silvia. Habrá gente.

León cerró el libro con un gesto pausado, casi litúrgico. Colocó el dedo índice entre las páginas para marcar el lugar, aunque sabía que no volvería a leerlo esa noche.

—¿Qué gente?

—Amigos. Compañeros de trabajo de su novio. Gente normal. — Laura pronunció las últimas palabras con un énfasis que no era casual. Era un dardo, una pequeña puñalada que quería ver si él reaccionaba.

—La normalidad es un concepto estadístico, no moral —dijo León, sin reacción aparente.

Laura se giró hacia él. Tenía el ceño fruncido, pero no de enfado. De cansancio. Un cansancio que le había ido creciendo durante los dos años de relación como una planta sin flor, que echaba raíces pero nunca daba fruto. Un cansancio que no sabía cómo nombrar, pero que sentía en los hombros, en el cuello, en la nuca, como una mano que la apretaba suavemente pero sin soltarla.

—No voy a discutir contigo —dijo, con una voz que ya no era suya, una voz que había aprendido a ser neutral para evitar conflictos—. Solo quería incluirte.

—No me incluyes. Me exhibes como una rareza.

—¡Eso no es verdad!

—Tu silencio cuando tus amigas preguntan por mí dice más que tus palabras. —León se levantó del sillón. Era alto, delgado, con una barba canosa que recortaba con tijera porque las maquinillas eléctricas le parecían "impersonales". Su madre decía que se

parecía a su abuelo. Su abuela, antes de morir, dijo algo más inquietante: "Es igual que su bisabuelo. En el carácter y en la mirada". Laura recordaba esa frase, la había escuchado en el funeral de la abuela, y entonces no le dio importancia. Ahora, cada vez que miraba a León, veía la sombra de un muerto en sus ojos.

—No es que no quiera hablar de ti —dijo Laura, bajando la voz, buscando las palabras adecuadas entre las que había—. Es que no sé cómo explicarles quién eres. Porque a veces ni yo lo sé.

León la miró. Hubo un momento de silencio en el que Laura sintió que el mundo se detenía, que todas las palabras no dichas flotaban en el aire como partículas de polvo en un rayo de luz. Pero él no dijo nada. En lugar de eso, se sentó de nuevo en el sillón y cogió el reloj de bolsillo que había dejado sobre la mesa auxiliar. Lo sostuvo frente a sus ojos, girándolo lentamente, como si buscara un ángulo en el que la luz revelara algo oculto.

—A veces —dijo Laura, bajando la voz hasta casi un susurro— me pregunto si tú quieres estar conmigo o quieres estar con alguien que murió hace cien años.

El silencio se hizo denso, casi sólido. León no respondió. Siguió mirando el reloj, aunque no funcionaba. Los dedos de su mano derecha rozaban la tapa de plata ennegrecida, siguiendo el contorno de las iniciales grabadas: D.M. — 1923. Como si aquellas letras fueran un código que necesitaba descifrar.

Y Laura supo, en ese instante, que había dado en el clavo. Que no era la primera vez que tenía esa sensación, pero que ahora la certeza era tan clara como el agua: León no estaba con ella. Estaba en 1923, en una habitación que ella nunca había visto, con una mujer que había muerto antes de que él naciera.

—El sábado tengo que ordenar el archivo —dijo León, sin levantar la vista del reloj.

—Siempre tienes el archivo.

—Es mi trabajo.

—Tu trabajo debería quedarse en la facultad.

León se levantó de nuevo. Pasó junto a Laura sin rozarla, como si hubiera un campo de fuerza invisible entre ellos. Como si su cuerpo no quisiera encontrar el de ella.

—El archivo no está en la facultad —dijo, con una voz que sonaba lejana, como si viniera de otra habitación—. El archivo está en mi cabeza.

Se fue al dormitorio. Laura oyó cómo abría el cajón de la mesilla de noche, el mismo que ella no se atrevía a abrir cuando él no estaba. Sabía lo que guardaba allí. El reloj de bolsillo. Las cartas de su abuela. Una fotografía de su bisabuelo, de cuando era joven, antes de que lo encerraran.

Todas las noches, antes de dormir, León sacaba el reloj y lo ponía sobre la mesilla. Lo miraba. No para comprobar la hora, porque no funcionaba. Para esperar. Laura nunca supo qué esperaba. Pero había visto su rostro cuando lo miraba, y le recordaba a los feligreses que ella veía en la iglesia de su pueblo, cuando eran niños y los llevaban a misa. La misma expresión de devoción. La misma certeza de que algo, en algún lugar, los estaba escuchando.

Ella se quedó en el salón, escuchando cómo la aguja del tocadiscos raspaba el final del disco. Un ruido blanco. Un silencio

falso, que no era silencio sino la ausencia de un ruido conocido. Pensó en llamar a su madre, pero eran casi las diez y su madre se acostaba temprano, como toda la gente normal. Pensó en llamar a Silvia, pero no sabría qué decir. "Mi novio cree que vive en 1923" no era una frase que pudiera soltar así nomás, como si hablara del tiempo o de la compra.

Se levantó del sofá. Apagó el tocadiscos. Recogió la taza de té que se había enfriado y la llevó a la cocina. La dejó en el fregadero, junto a otras dos tazas iguales, de días anteriores. León no lavaba los platos, decía que era una actividad "que no merecía el tiempo que ocupaba". Ella los lavaba, pero cada vez con menos ganas. Como si la acumulación de tazas sucias fuera un símbolo de todo lo que no se decía entre ellos.

Fue al dormitorio. León ya estaba en la cama, de espaldas a la puerta, con el reloj apoyado en la mesilla. Laura se desnudó en el baño, se puso el pijama de algodón y se metió en la cama. No se acercó a él. Ya no lo hacía.

Durante un largo rato, estuvo despierta, mirando el techo, escuchando su respiración. Una respiración extraña: dos respiraciones profundas, una pausa, dos profundas, otra pausa. Como si alguien más respirara dentro de él. Como si su cuerpo fuera una casa con dos habitantes.

Laura cerró los ojos y trató de dormir, pero no pudo. En la oscuridad, las palabras de la abuela de León resonaban en su cabeza: "Es igual que su bisabuelo. En el carácter y en la mirada". Y entonces, sin saber por qué, recordó la primera vez que vio el reloj.

Había sido en su segunda cita, en el parque del Retiro. León

llevaba el reloj en el bolsillo de la chaqueta y lo sacó para mostrarle algo. "Es de mi bisabuelo", le dijo. "Nunca funciona, pero yo lo guardo como un amuleto". Laura lo cogió, sintió su peso, y por un instante, el mundo se volvió borroso. Vio un destello: una mujer joven, con un vestido de los años veinte, que le sonreía desde un espejo. No era una visión clara, era más bien una sensación, un eco de algo que no sabía nombrar. Se lo contó a León, y él se quedó en silencio. Luego, con una voz que apenas era un susurro, le dijo: "Ella se llamaba María Antonia. Fue la esposa de mi bisabuelo. La mató en 1923".

Laura nunca olvidó ese momento. No porque la historia fuera aterradora, sino porque la forma en que él la dijo no era la de alguien que cuenta un hecho histórico. Era la de alguien que confiesa un crimen.

Esa noche, después de casi dos horas dando vueltas en la cama, Laura por fin se durmió.

Sonó con un hombre alto, de barba canosa, que caminaba por una calle de tierra en 1923. Llevaba una chaqueta de tweed y en el bolsillo izquierdo guardaba un reloj de bolsillo. El hombre se detuvo frente a una ventana. Dentro, una mujer lloraba. La mujer tenía el pelo oscuro y largo, y su rostro era idéntico al de Laura. El hombre sonrió, y en su sonrisa había algo que Laura no supo interpretar: ternura, o quizás odio, o quizás las dos cosas.

Y entonces, el hombre se giró. La miró directamente a ella. Y le dijo:

—Dile a León que el reloj no está roto. Está esperando la hora que nunca llega.

Laura despertó gritando.

León no se movió. Seguía allí, a su lado, durmiendo con ese ritmo de dos respiraciones, una pausa, dos respiraciones. Eran las tres y veinte de la madrugada. Laura miró el reloj digital del móvil, y el número se le grabó en la retina como una cicatriz.

Nunca olvidaría esa hora.

Porque fue la última vez que durmió tranquila.

Se levantó de la cama con el corazón latiéndole en la garganta. Fue a la cocina, bebió un vaso de agua. En el salón, el tocadiscos seguía apagado, pero ella podía oír el raspado de la aguja en el surco vacío, como si el silencio hubiera adquirido un sonido propio. Volvió al dormitorio. Miró a León, que seguía durmiendo, y sintió una mezcla de miedo y ternura que la desarmó por completo.

Fue entonces cuando se acercó a la mesilla. El reloj seguía allí, apoyado sobre un pañuelo de lino que León usaba para limpiarlo. Lo cogió con cuidado. Era de plata ennegrecida, con la tapa trasera grabada con las iniciales D.M. — 1923. Lo abrió con el pulgar. La esfera era blanca, con números romanos y unas agujas que se habían detenido hacía mucho tiempo.

O eso creía ella.

Pero cuando lo acercó a la luz de la luna que se filtraba por la ventana, vio algo que la heló. Las manecillas no marcaban la hora que le había dicho el relojero, ni la que ella había visto antes. Marcaban las 11:55.

Y el segundero se movía.

No hacia adelante. Hacia atrás.

Laura sintió que el suelo se abría bajo sus pies. Dejó el reloj sobre la mesilla y dio un paso atrás. Pero sus ojos seguían fijos en él, incapaces de apartarse. El segundero daba pequeños saltos, regresivos, como un corazón que latiera al revés.

—No puede ser —susurró.

Y entonces, sin saber por qué, se giró hacia el espejo del armario.

Allí, en el reflejo, no estaba ella. Estaba la mujer del sueño. La del vestido de los años veinte. La que lloraba detrás de la ventana. La que tenía su misma cara, pero una expresión distinta: no miedo, sino una tristeza profunda, antigua, como la de alguien que ha esperado demasiado.

La mujer levantó la mano. Y Laura, sin controlar su propio cuerpo, levantó la suya. Ambas manos se tocaron en el espejo. En el frío del cristal, Laura sintió un calor que no era suyo.

Y entonces, la mujer habló.

—No tengas miedo —dijo, con una voz que era la de Laura, pero más grave, más vieja—. Solo recuerda lo que has visto. Y no lo olvides.

Laura abrió la boca para preguntar quién era, qué quería. Pero antes de que pudiera articular una palabra, el espejo se empañó. La imagen de la mujer se desvaneció. Y en su lugar, solo quedó el reflejo de Laura, pálida, temblorosa, con los ojos abiertos como

platos.

—No puede ser real —se dijo a sí misma, en voz alta, como si la voz pudiera anclar la realidad—. Esto es una pesadilla. Estoy dormida.

Pero no lo estaba.

Y lo sabía.

Laura volvió a la cama, pero no se tumbó. Se sentó en el borde, con la espalda apoyada en el cabecero, mirando a León dormir. Durante un largo rato, intentó encontrar una explicación racional. Un sueño vívido. Una alucinación provocada por el insomnio. El estrés de los últimos meses. Todo lo que su mente podía ofrecer para defender la cordura.

Pero ninguna de esas explicaciones encajaba con lo que había visto. Con lo que había sentido. Con el calor del espejo bajo sus dedos.

Y encima, el reloj.

El reloj que no funcionaba pero marcaba las 11:55. El reloj cuyo segundero se movía hacia atrás.

A las seis de la mañana, cuando la luz gris del amanecer empezó a colarse por la persiana, Laura tomó una decisión. Se levantó, se vistió sin hacer ruido y salió del piso.

En la calle, el aire frío de la mañana le dio una bofetada en la cara. Caminó sin rumbo durante media hora, hasta que sus pies la llevaron a la misma cafetería de siempre, la de la esquina, donde

pedía café con leche cuando llegaba tarde al trabajo. Se sentó en una mesa junto a la ventana y pidió un café con leche y un croissant. El camarero, un chico joven con un delantal azul, la miró con extrañeza. Era demasiado temprano para que ella estuviera allí. Pero no dijo nada.

Laura sacó el móvil. Necesitaba respuestas. Necesitaba saber si todo aquello era producto de una mente enferma o si, como León aseguraba, había algo más. Algo que venía de antes. Algo que venía de su bisabuelo.

Escribió en el buscador: "reloj de bolsillo 1923 D.M."

Los resultados fueron inútiles. Páginas de subastas, foros de coleccionistas, un artículo sobre la Exposición Internacional de 1923 en París. Nada sobre un hombre con iniciales D.M. Probó con "David Mora". Tampoco. Y entonces recordó algo.

Hacía meses, en una de sus conversaciones, León había mencionado el nombre de su abuela. "Antonia Mora", dijo mientras hojeaba un álbum de fotos. "Nació en 1901. Murió el año que yo cumplí diez".

Laura escribió: "Antonia Mora Madrid".

Apareció un único resultado. Una página de genealogía. Un árbol familiar incompleto. Antonia Mora, nacida en 1901, casada con... el nombre estaba borroso. Pero debajo, en una nota a pie de página, alguien había escrito: "Hija de David Mora, ingresado en el Sanatorio Psiquiátrico de Carabanchel en 1924".

David Mora. D.M.

Un año después de la fecha grabada en el reloj.

Laura guardó la pantalla del móvil y bebió un sorbo de café. Ya estaba frío. Pagó y salió de la cafetería. El sol ya había salido del todo, y las calles empezaban a llenarse de gente. Madrid despertaba con su rutina de siempre, ajena a la tormenta que se estaba gestando en su cabeza.

Caminó de vuelta al piso. Al llegar, León seguía en la cama, pero ahora estaba despierto. Tenía el reloj en la mano y lo miraba con una intensidad que a Laura le recordó a un sacerdote mirando un cáliz. La luz de la mañana se reflejaba en la plata ennegrecida, y por un instante, Laura pensó que las manecillas habían vuelto a moverse. Pero no. Seguían marcando las 11:55.

—¿Dónde has ido? —preguntó él, sin girarse.

—A desayunar. No había leche.

—Hay leche.

—Se había cortado.

León guardó el reloj. Se incorporó con lentitud, como si cada movimiento le costara un esfuerzo. Tenía ojeras profundas, pero su mirada estaba clara. Demasiado clara.

—Mientes —dijo—. La compré ayer. La leche no se corta en doce horas.

Laura sintió un escalofrío. No por la leche. Por la precisión. Porque él recordaba la fecha de la compra. Porque no había nada cotidiano que se le escapara.

—Necesitaba aire —admitió, y su voz sonó más débil de lo que pretendía.

Él la miró. Durante unos segundos, Laura creyó que iba a decir algo importante. Pero en lugar de eso, se levantó, fue al escritorio y sacó una hoja de papel verjurado de un cajón que ella nunca había visto abrir. Y un tintero. Y una pluma.

—Hoy tengo que escribir una carta —dijo.

—¿A quién?

—A alguien que aún no ha nacido.

Laura parpadeó. Intentó encontrar el tono de broma en su voz, pero no lo había. Él no sonreía. No bromeaba.

—León...

—En 1923 —dijo él, mojando la pluma en el tintero con un gesto que parecía ensayado—, mi bisabuelo escribió una carta. La dirigió a su hijo. Pero el hijo nunca la leyó.

—¿Por qué?

—Porque mi bisabuelo mató a su esposa antes de poder entregársela.

Laura sintió que el aire se espesaba. Quiso decir algo, pero las palabras se le atascaron en la garganta. En su lugar, se quedó mirando cómo la pluma de León raspaba el papel con un sonido seco, antiguo. Como una máquina de escribir a punto de atascarse.

—Mi abuela me contó la historia cuando tenía doce años —

continuó León, sin levantar la vista—. Me dijo que mi bisabuelo, David, era un hombre de principios. Un hombre que no toleraba la mentira, la frivolidad, el desorden. Un hombre que creía que el amor era un contrato eterno. Y que cuando descubrió que su mujer no cumplía el contrato, la mató.

—Eso no justifica un asesinato.

—Nadie dijo que lo justificara. Dijo que lo entendía.

Laura sintió que el suelo se movía bajo sus pies. No era una sensación física, pero era real. Como si la realidad, de repente, se hubiera vuelto líquida.

—¿Estás diciendo que tú también lo entiendes?

León no respondió. Siguió escribiendo.

Laura se acercó a la mesa. Quiso leer lo que ponía, pero la caligrafía era demasiado antigua. Palmer. Como la que enseñaban en los colegios de 1950. Alcanzó a distinguir una frase: "El tiempo no es una línea recta. Es un círculo. Y yo llevo cien años girando".

Pero había más. Mucho más. La carta era larga, ocupaba toda la hoja y se extendía a una segunda. Laura se inclinó para leer mejor.

"Querido yo del futuro:

Si estás leyendo esto, es porque ella ya se ha ido. O porque tú te has ido. O porque el tiempo, al fin, ha cerrado el círculo.

No intentes huir. El pasado no es un lugar al que se viaja. Es una enfermedad que se hereda.

Mi padre la tuvo. Yo la tuve. Tú la tienes.

La única diferencia es que yo supe cómo detenerla.

Ella no era real. La mujer que amaba, la que lloraba detrás de la ventana, nunca existió. Era un síntoma. Una fiebre. Un deseo tan fuerte que se volvió carne.

Pero la carne se pudre.

Y el deseo se vuelve odio.

Cuídate de lo que recuerdas. Porque a veces recordamos cosas que no pasaron.

Y esas son las más peligrosas.

Atentamente,

David.

P.D. El reloj siempre marca la misma hora porque esa es la hora en que maté lo que amaba. No la repetiré aquí. Tú ya la conoces."

Laura retrocedió un paso. La carta era inquietante, pero no era lo que la había helado la sangre. Lo que la había helado era la posdata. Porque debajo, en una letra diferente, más temblorosa, como si hubiera sido añadida después, había otra línea:

"Recuerda el pacto de las tres L. Laura. León. Locura. Una no puede existir sin las otras."

—¿Qué es el pacto de las tres L? —preguntó Laura, y su voz sonó más alta de lo que pretendía.

León levantó la vista. Sus ojos brillaban con una luz que Laura no le había visto nunca. No era locura. Era algo peor. Era el reconocimiento de un secreto compartido.

—Mi bisabuelo lo escribió en su diario —dijo León, con una voz que apenas era un susurro—. Dijo que las tres L estaban unidas. Que no podían separarse. Que si una desaparecía, las otras la seguirían.

—¿Y qué significa eso?

—Que si tú te vas, yo me pierdo. Y si yo me pierdo, la locura gana.

Laura sintió que el suelo se abría bajo sus pies. Dio un paso atrás, luego otro, hasta que su espalda chocó contra la pared del pasillo.

—Eso no es una carta —dijo, con la voz rota—. Eso es un testamento.

León no la miró. No levantó la cabeza. Siguió escribiendo, como si ella no estuviera allí.

—Voy a trabajar —dijo ella, cogiendo su bolso.

Cerró la puerta con suavidad. Demasiada suavidad. Porque lo que quería era dar un portazo.

Bajó las escaleras del piso corriendo. No esperó el ascensor. Necesitaba oxígeno. Necesitaba no oír el raspado de aquella pluma.

En la calle, se apoyó contra una farola y respiró hondo. El aire frío

le quemó los pulmones, pero la ayudó a despejar la mente. Necesitaba pensar. Necesitaba encontrar una explicación racional para todo aquello.

Y entonces lo vio.

Al otro lado de la calle, un hombre alto, de chaqueta de tweed y barba canosa, la miraba. Tenía el mismo rostro que León. Los mismos ojos. La misma sonrisa de complicidad con alguien que no estaba allí.

Pero no era León.

León tenía el pelo húmedo y llevaba pijama. Este hombre llevaba un sombrero de ala ancha y un reloj de bolsillo colgando de la chaqueta.

Laura parpadeó.

El hombre desapareció.

En su lugar, solo había un cartel de "SE VENDE" y el escaparate de una tienda de ultramarinos cerrada.

—No puede ser —susurró.

Pero ya era tarde. La imagen se le había grabado en la retina. Y algo dentro de Laura, algo que no sabía que existía, se rompió.

Porque aquel hombre no era una alucinación. Era un recuerdo de algo que nunca había vivido. Como si el sueño de la noche anterior se hubiera escapado y estuviera caminando por las calles de Madrid en pleno día.

Y entonces, en el bolsillo de su chaqueta, sintió un peso que no había sentido antes.

Metió la mano.

Salió con un reloj de bolsillo de plata ennegrecida.

Era idéntico al de León. Las mismas iniciales. La misma fecha. La misma esfera gastada por el tiempo.

Solo que este reloj, a diferencia del otro, funcionaba. El segundero avanzaba con un tictac firme, constante, como un latido. El minuterero también se movía, despacio pero seguro.

Y la hora era imposible.

Marcaba las 11:55.

Y las doce nunca llegaban.

Laura guardó el reloj en el bolsillo. No se atrevió a dejarlo allí. No se atrevió a mirarlo de nuevo. No se atrevió a mirar atrás.

Caminó hasta la esquina. Sacó el móvil. Marcó el número de Silvia.

—¿Dime? —respondió Silvia, con voz de sueño.

—Necesito que me ayudes con algo —dijo Laura, mientras sus ojos seguían escaneando la acera vacía—. Es sobre León. Y sobre un hombre que murió hace cien años.

—¿Estás bien? ¿Has dormido?

—No. Y creo que nunca volveré a dormir bien.

—Vale, vale —dijo Silvia, y su voz se volvió más alerta—. Dime dónde estás. Voy para allá. Pero antes, respira. Respira hondo. Cuéntame qué ha pasado.

Laura respiró hondo. El aire frío le llenó los pulmones y la ayudó a ordenar las ideas.

—He visto cosas —dijo, con la voz más controlada—. Un hombre que se parece a León pero no es León. Un reloj que no debería funcionar pero funciona. Y León ha escrito una carta que habla de un pacto. De las tres L.

—¿Las tres L? ¿Qué es eso?

—Laura, León y Locura —respondió Laura, y la palabra le supo a hierro—. Dice que estamos unidos. Que no podemos separarnos.

Silvia guardó silencio unos segundos. Laura oyó cómo encendía un cigarrillo al otro lado de la línea.

—Laura —dijo al final, y su voz era más seria de lo que Laura le había oído nunca—, escúchame. No sé qué está pasando, pero sé que no puedes enfrentarlo sola. Voy a buscarte. No te muevas de donde estás.

—Estoy en la esquina de la calle Atocha.

—Quince minutos. No te muevas.

Silvia colgó. Laura se apoyó en la farola y esperó. Los quince minutos se hicieron eternos. Cada coche que pasaba, cada

transeúnte que se acercaba, cada sombra que se movía en el borde de su visión, le hacía saltar el corazón.

Cuando Silvia llegó en su Seat Ibiza azul, Laura ya había dejado de temblar. Pero no porque se hubiera calmado. Sino porque su cuerpo, agotado, había entrado en un estado de shock que la mantenía erguida, seria, con los ojos fijos en el horizonte.

—Estás blanca —dijo Silvia, abrazándola con fuerza—. No es un cumplido.

—He visto cosas —respondió Laura, y su voz sonó extraña, como si estuviera hablando desde el fondo de un pozo.

—Ya me lo imaginaste por teléfono. Pero vamos a aclararlo con calma. —Silvia la llevó al coche y la sentó en el asiento del copiloto—. Enséñame el reloj.

Laura lo sacó y lo puso en la bandeja de los posavasos. El segundero seguía avanzando. El minuterero también. Pero la hora seguía siendo las 11:55.

—Eso es imposible —dijo Silvia, frunciendo el ceño—. Si el minuterero se mueve, la hora debería cambiar.

—Pues no cambia.

—¿Has probado a darle cuerda?

—Funciona solo.

Silvia silbó. Era un silbido bajo, nervioso, el que soltaba cuando algo la incomodaba de verdad.

—Laura —dijo, después de un largo silencio—, ¿tú crees en fantasmas?

—No.

—¿Y en maldiciones?

—Tampoco.

—Pues algo está pasando. Porque ese reloj no debería funcionar. Y tú no deberías tener la cara de una muerta de 1923.

Laura se quedó callada. Silvia siempre iba al grano. No tenía filtro, pero tampoco tenía malicia. Era brutalmente práctica.

—Necesito ver más cosas —dijo Laura, por fin—. Documentos. Cartas. Lo que sea. León tiene una caja en el archivo, pero no me fío de él. No sé si lo que me dice es verdad o si es parte de su locura. O de lo que sea que le está pasando.

—¿Dónde vive su abuela? —preguntó Silvia.

—Murió hace años.

—¿Y la casa? A veces guardan cosas las familias. Papeles viejos, cartas, fotografías.

Laura pensó. La abuela de León vivía en un pueblo al sur de Madrid, en una casa antigua que nadie había heredado formalmente. León iba de vez en cuando a "ordenar papeles", decía. Quizá aún quedaba algo.

—Hay una casa —dijo—. En Pinto. Está vacía.

—Pues vamos.

—¿Ahora?

—¿Tienes algo mejor que hacer? ¿O prefieres quedarte aquí viendo cómo tu novio se vuelve loco y te arrastra con él?

Laura no tenía respuesta. Silvia giró el volante y tomó la carretera de Andalucía.

En el asiento trasero, el reloj de bolsillo seguía haciendo tictac. Marcaba las 11:55. Y las doce nunca llegaban.